

Regularización extraordinaria: la urgencia de no dejar a nadie atrás

La Iniciativa Legislativa Popular (ILP) para una regularización extraordinaria de personas migrantes, promovida por centenares de organizaciones – algunas de la Plataforma de Solidaridad con las Personas Migrantes de Málaga – recogió 611.821 firmas validadas por la Oficina de Censo Electoral. El Congreso de los Diputados tomó en consideración la propuesta el 9 de abril de 2024, con 310 votos a favor, reflejando un amplio consenso parlamentario.

Sin embargo, la tramitación de la ILP se ha visto frenada. El 19 de noviembre se aprobó un nuevo Reglamento de Extranjería, que el Gobierno argumenta hace innecesaria la iniciativa, paralizando así su avance pese al mandato democrático y al respaldo social sin precedentes.

Desde la Plataforma de Solidaridad con las Personas Migrantes seguimos creyendo firmemente en la necesidad de la ILP. El nuevo Reglamento de Extranjería dejará fuera a miles de personas que quedarán en cierta situación de limbo jurídico y social, especialmente las que no cumplan el requisito de dos años de permanencia o que no puedan demostrar fehacientemente su estancia durante ese periodo. También ex-

Vivimos al borde de la muerte y morimos al borde de la vida. Todo, a lo largo de la existencia, va de bordes. Estoy pensando en esa familia que murió en Nueva York cuando el helicóptero desde el que observaban, supongo que maravillados, Manhattan, se precipitó en las aguas del Hudson. Se ha publicado una foto de los padres y los hijos tomada unos minutos antes de meterse en el autogiro. Se les ve felices frente a la aventura que están a punto de emprender. Ignoran que se encuentran al borde de la muerte, o al borde mismo de la vida, que viene a ser lo mismo.

El borde es el lugar donde algo termina y, al mismo tiempo, donde algo comienza. Evoca una idea que va más allá del simple límite. Es un espacio activo, de fricción, a veces de transformación. Se trata de una línea que separa en la misma medida en la que conecta. Con frecuen-

cluye a las personas indocumentadas que no pueden obtener documentos de su país de origen ni acceder a la cédula de inscripción debido a la excesiva rigidez del procedimiento. No son pocas personas en esta situación: Cáritas Española atendió en 2023 a unas 75.000.

Además, el Reglamento perjudica a las personas solicitantes de protección internacional a quienes se deniegue la solicitud y que no puedan acogerse a la disposición transitoria. Estas personas quedan expresamente excluidas de las vías del arraigo, frustrando sus derechos y su itinerario de inserción, a pesar de estar trabajando, cotizando y contribuyendo al crecimiento económico, social, cultural y religioso en nuestro país.

Otros colectivos afectados son las personas con difícil empleabilidad – por edad, discapacidad, exclusión socio residencial o enfermedad crónica – y quienes, aun pudiendo trabajar, no pueden aceptar ofertas de empleo por no estar regularizadas, ni pueden regularizarse porque las empresas no pueden mantener un puesto de trabajo a la espera de una resolución favorable de Extranjería.

Las familias con menores que estén en situación irregular administrativa también son especialmente vulnerables por la imposibilidad de renovar permisos, la inestabilidad laboral, precariedad en el trabajo y las condiciones del acceso a la vivienda, lo que agrava la pobreza infantil y sitúa a España en una posición desfa-

vorable respecto a otros países de la UE.

Una regularización extraordinaria que contemple estas realidades, especialmente la de familias con menores en situación irregular, sería un paso fundamental para superar la pobreza infantil y garantizar derechos básicos para toda la infancia.

Desde la Plataforma de Solidaridad con las Personas Migrantes de Málaga insistimos en la necesidad de reactivar la tramitación de la ILP, no sólo por la insuficiencia del nuevo Reglamento, sino como ejercicio de regeneración democrática, por respeto a la iniciativa de cientos de miles de ciudadanos y a la decisión del Congreso de los Diputados.

No podemos renunciar y conformarnos con los imprevisibles del Reglamento de Extranjería. Sólo una medida que ponga en el centro a la persona, su dignidad y sus derechos, es capaz de dar una respuesta eficaz y conforme al bien común de toda la sociedad. ■

Luis Pernía Ibáñez (Plataforma de Solidaridad con las Personas Migrantes de Málaga)

El borde de la realidad



TIERRA DE NADIE

JUAN JOSÉ MILLÁS

cia alude también a situaciones de inestabilidad, como cuando se dice de alguien que se encuentra «al borde de la locura» o «al borde de hacer un disparate». A mí me gusta el borde de la vigilia: ese punto donde la razón se afloja y comien-

za el delirio. Suele ser muy fugaz, pero se puede prolongar a base de entrenamiento. No es raro que en ese borde surjan las mejores ideas para un cuento o para una receta de cocina.

Otro borde interesante: el del lenguaje. Lo

observamos en los niños que pronuncian sus primeras frases ateniéndose a su sentido literal porque no dominan aún el orden simbólico. Recuerdo haber oído, de pequeño, que un primo de mi padre tenía «una lengua muy afilada». Me obsesionaba aquella lengua dentro su boca. Imaginaba al hombre escupiendo sangre todo el rato, pues cómo no hacerse cortes en la parte interior de los labios y de las mejillas con aquella especie de cuchillo.

El borde, como el infierno, no es un lugar físico, sino un estado mental. Es un limen, un filo, una grieta que nos asoma al abismo. Observen a ese ciego que está a punto de abandonar el borde de la acera para adentrarse en el interior de la calzada por el lugar equivocado. Imagínenlo. ¿No advierten en esa peripecia narrativa algo que va más allá de la realidad física? ¿Dónde hallar el borde (o los bordes) de la realidad? ■

CARTAS

Tolerancia en tiempos de cristales rotos

Conchi Basilio

MÁLAGA

Vivimos tiempos delicados. No porque el mundo esté más violento o más injusto que antes, eso sería debatible, sino porque nuestras pieles, en muchos casos, se han vuelto tan finas que la más leve fricción nos sangra. Hemos confundido la dignidad con el orgullo, el respeto con la sumisión ajena, la libertad de expresión con la exigencia de que todos digan lo que queremos oír. Y en esa confusión, peligrosa y silenciosa, se pierde algo esencial, la tolerancia.

La tolerancia no es aceptar lo que nos gusta, ni tampoco ceder ante lo que nos incomoda. Es algo mucho más profundo, la capacidad de convivir con lo distinto sin desear destruirlo. Pero hoy, muchos practican una tolerancia selectiva.

Se exige ser comprendido, respetado, escuchado, pero se olvida que ese mismo derecho lo tienen los otros, incluso cuando piensan diferente, cuando dicen cosas que no nos agradan, cuando nos hacen cuestionar nuestras certezas.

La falta de empatía se ha normalizado. En un mundo interconectado, donde las redes sociales multiplican las voces, debería haber más comprensión y «si no piensas como yo, estás contra mí». Se nos ha olvidado el arte de escuchar sin necesidad de asentir, de disentir sin agredir, de convivir sin uniformidad.

Muchos viven hoy con el ego en carne viva. Cualquier palabra los hiere, cualquier diferencia los exaspera. Se rasgan las vestiduras con facilidad, como si el mundo entero les debiera una consideración perpetua. Pero, al mismo tiempo, son incapaces de ofrecer esa misma consideración a quienes no encajan en su molde. Reclaman libertad mientras censuran, exigen respeto mientras desprecian, piden com-

presión mientras ridiculizan.

Bien parece que hay quienes quisieran tener un dios para sí mismos y otro para los demás, uno que los perdone, los entienda, los ampare, y otro que castigue, señale y excluya al otro por el simple hecho de ser diferente. La balanza moral se inclina a conveniencia, y la coherencia se convierte en un lujo casi extinguido.

Tener la piel muy fina puede ser comprensible en quienes han vivido dolor, en quienes cargan historias invisibles. Pero convertir la sensibilidad en arma, y la susceptibilidad en tiranía, solo empobrece el diálogo. No se construye una sociedad más justa silenciando al que incomoda, ni se edifica la paz desde el grito.

La verdadera tolerancia empieza por dentro. Es un ejercicio incómodo pero necesario. Implica aceptar que no siempre tenemos razón, que podemos aprender incluso de quienes nos contradicen, que el otro sí, incluso el que nos cae bien, también tiene un lugar en este mundo. Y que no

hace falta pensar igual para convivir con respeto.

Tal vez es hora de recordar que convivir no es imponer, y que empatizar no es claudicar. Tal vez es hora de curar la piel, no de seguir afinándola. Porque si todos seguimos quebrándonos con cada roce, si convertimos las ideas en trincheras y la emoción en excusa, el diálogo dejará de ser posible. Y sin diálogo, solo quedará el eco. El eco de uno mismo, solitario, intolerante, y cada vez más vacío.

La tolerancia no se aprende en los discursos, sino en los gestos pequeños, cuando alguien calla para escuchar, cuando se responde sin herir, cuando se permite al otro ser sin exigir que se transforme. No hay revolución más urgente que la de la amabilidad sin condiciones, la que no pide aplausos ni banderas, pero deja huella. Porque al final, lo que define la altura de una persona no es cuánto más fuerte grita su verdad, sino cuánto es capaz de convivir con la verdad ajena sin perder la suya. ■